

«Lo que hemos perdido también nos define»

Llucia Ramis Escritora. En su novela 'Las posesiones' dibuja un retrato generacional que huye de la complacencia

ENTREVISTA

TXANI
RODRÍGUEZ



Possessio' es como se llama a las fincas rurales en Baleares y es el término con el que la escritora Llucia Ramis (Palma de Mallorca, 1977) juega en su novela 'Las posesiones': la posesión frente a la desposesión. «Lo que hemos perdido también nos define», asegura. Y su generación, mantiene, ha perdido mucho: «Quizá seamos la primera generación que pierde, si bien no con respecto a la anterior, sí con respecto a lo que se esperaba de nosotros. Los más jóvenes viven con menos metros cuadrados, sueldos peores, cada vez menos derechos y libertades. Lo curioso es que no hemos hecho nada para evitarlo. Es decir: la lucha de nuestros padres y abuelos está clara. Nosotros debíamos esforzarnos por conservar lo que ellos consiguieron. Y en vez de eso, nos limitamos a quejarnos, sin cambiar nada. Es como si siempre esperáramos que nos salvaran los demás».

Tal y como hiciera en 'Todo lo que murió una tarde con las bicicletas', Ramis se retrotrae al año 2007 para explicar el presente. Aún faltaban unos meses para el estallido oficial de la crisis, pero la realidad había empezado a ponerse muy cuesta arriba para demasiadas personas: «Los que nacimos en la Transición empezábamos a darnos cuenta de que la provisionalidad se estaba alargando más de lo esperado. Nos habían prometido que si estudiábamos, trabajábamos, viajábamos y aprendíamos idiomas, podríamos dedicarnos a eso para lo que nos habíamos preparado. Y no estaba siendo así».

En 'Las posesiones' hay otra fecha importante: 1993. Fue entonces cuando la narradora se entera a través de la televisión de que un empresario, socio de su abuelo, se quita la vida tras matar a su mujer y su hija. Ese suceso, que para el resto de la gen-

te fue una noticia más en el telediario –señala–, cambia la idea que la narradora tiene de su propia familia. Mientras el crimen aparece en todos los medios, en su casa nadie habla de ello, como si no hubiera pasado. En las familias suele tenderse a no tocar según qué temas para mantener la cohesión.

La corrupción

Pero esos silencios se van convirtiendo en sombras, en fantasmas. ¿Quién era su abuelo en realidad?, se preguntará la narradora, que entonces tiene dieciséis años. ¿Conocía los trapicheos en los que estaba metido su socio? ¿Qué deben de pensar su madre y su abuela? En ese momento, la familia adquiere una dimensión desconocida. Es un misterio, y la na-

rradora se plantea si lo quiere desvelar o no porque a veces, como suele decirse, es mejor no saber demasiado: «Normalmente no queremos saber la verdad, porque si la descubrimos tenemos que responsabilizarnos de ella».

La corrupción, que según la autora es un fantasma que

se proyecta sobre la economía, la política y el periodismo, es otro de los temas acerca de los que reflexiona este libro: «Está en el vecino que intenta quitarte unos metros de tierra para poder construir una urbanización ilegal, y en

«La lucha de nuestros padres y abuelos está clara. Nosotros solo nos quejamos»

«La llamada autoficción no me interesa ni como lectora ni como autora»

La periodista y escritora mallorquina Llucia Ramis. :: EFE



el socio que trata de hacer un negocio paralelo con vuestra empresa sin que tú lo sepas. Pero apenas se habla de esta corrupción en minúsculas y cotidiana; solo se trata en los grandes titulares cuando un nombre propio está implicado. Si no, es un tema tabú. Y como forma parte del sistema, si vas contra la corrupción, te tildan de antisistema». El padre de la narradora ilustra bien esa idea, ya que intenta luchar contra una injusticia especulativa, pero se queda solo en una lucha que se torna quijotesca. Precisamente, la salud mental del padre es el desencadenante de esta historia, ya que una llamada de teléfono que alerta a la protagonista la devolverá desde Barcelona, ciudad en la que trabaja, a Mallorca, su tierra natal, donde se reencontrará con sus orígenes y con un antiguo amor. Allí comprobará que, a los ojos de los demás, su padre se ha vuelto loco. «La salud mental es un estigma», dice.

'Las posesiones', que en su versión catalana mereció el Premio Anagrama, analiza también el momento actual del periodismo, la profesión que ejerce la narradora. «El periodismo cuenta con más medios que nunca para ser riguroso y llegar a todas partes, pero ha perdido el prestigio. En vez de exigir un periodismo de calidad, muchos se limitan a denostarlo, despreciarlo. Es un tremendo error porque el periodismo es esencial para que haya democracia».

Acostumbrada a que se le pregunte por el vínculo entre su vida y su narrativa, Ramis aclara que su 'yo' no es protagonista sino cronista. «Hablar de mi familia y mis amigos, de mi trabajo como periodista, de mi relación con la escritura, me sirve para hablar de un tipo de vida o de una sociedad. La llamada autoficción no me interesa ni como lectora ni como autora. Todo texto escrito es un artefacto que intenta darle sentido a algo que no lo tiene. La vida es inenarrable.

Como periodista, tengo que ser fiel a la realidad. Pero como novelista procuro ser honesta a través del relato».